

31/2013

22 mayo de 2013

*Santos Castro Fernández*

LA GRAN RECESIÓN. UNA MIRADA  
DESDE EUROPA

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## LA GRAN RECESIÓN. UNA MIRADA DESDE EUROPA

### Resumen:

Vivimos la mayor crisis económica mundial desde la Gran Depresión de 1929. Sus negativos efectos en todos los órdenes se han manifestado con distinta intensidad en las economías de un mundo globalizado. Donde se presentan a estas alturas mayores dificultades es en Europa, en concreto en la denominada zona euro que se encuentra en recesión. Si bien la crisis es económica es evidente que la solución a los problemas que plantea es política. La Unión Europea necesita avances en su proceso de integración para encontrar las respuestas adecuadas.

### *Abstract:*

*We live in the greatest economic crisis since the Great Depression of 1929. Its negative effects on all orders influence with different intensity in the economies of a globalized world. At this stage, Europe, and in concrete, the so-called Eurozone, it is the region of the world with more difficulties. While the economic crisis is economic, evidently, the solution to the problems is political. The EU needs to progress in its integration process to find the right answers.*

### Palabras clave:

Crisis económica, Consenso de Washington, eurozona, crecimiento, recesión, integración política, Unión Europea.

### *Keywords:*

*Economic crisis, Washington Consensus, Eurozone, growth, recession, political integration, European Union.*

## INTRODUCCIÓN

La crisis económica mundial iniciada en el 2008, con algunos avisos anticipados un año antes, ha sido objeto de múltiples análisis y sin embargo tiene todavía incógnitas sin resolver, tanto en la identidad de sus causas como sobre todo en las respuestas y soluciones más adecuadas para encontrar la salida final a una situación que se prolonga ya más de un lustro y que ya ha sido calificada de Gran Recesión.

Los problemas que se han derivado de esta crisis, y que tras el período transcurrido no han podido ser resueltos, han generado un efecto destructivo en múltiples países, amenazando el marco de convivencia y elevando la conflictividad, la xenofobia y la marginación social hasta el extremo de constituir hoy un problema para la seguridad colectiva.

Se ha visto afectada la seguridad a causa de la crisis mundial en todo el mundo, pero es en el Mediterráneo, en el entorno de sus dos orillas norte y sur, donde se ha producido un impacto de mayor magnitud. Indudablemente en la orilla sur los acontecimientos han sido de gran calado político, como pudimos ver en las llamadas “primaveras árabes”, con importantes transformaciones en muchos de esos países que todavía no han consolidado sus respectivos procesos de cambio y su situación política.

Pero también hemos vivido y estamos viviendo, en otra dimensión, procesos de alta conflictividad en la orilla norte, desde Portugal a Chile, con especial impacto en Grecia, pero también en países como Italia y España, donde la profundidad y permanencia de la crisis económica está afectando a la política, a la cohesión y a la estabilidad de estructuras sociales, y se reclaman respuestas para un nuevo entendimiento sobre la base de soluciones efectivas que ofrezcan un futuro de esperanza para los jóvenes.

Bien es verdad que esta crisis, de indudable dimensión mundial, la más grave sufrida desde la Gran Depresión iniciada el año 1929, presenta diferencias importantes vista desde las distintas economías mundiales. En el momento actual nada tiene que ver la ligera caída del elevado ritmo de crecimiento que venía sosteniendo la economía de China, con el estancamiento que ya era crónico de la economía japonesa, o el impacto sufrido por las economías nacionales de los países integrantes de la Unión Europea, tanto los que comparten moneda común en la denominada zona euro como los pertenecientes a la Unión pero que conservan sus propias monedas nacionales, por no mencionar a países de otras áreas geográficas como Latinoamérica, Asia y Pacífico o el continente africano. La crisis económica mundial ha dejado secuelas muy diversas en las distintas zonas económicas.

Por ello, cualquier análisis debe diferenciar el enfoque en razón del punto de vista de cada economía, al menos desde una perspectiva regional. En nuestro caso, la mirada a la crisis la dirigimos desde Europa y más en concreto desde la zona euro, por las singularidades que nos ofrece y que trataremos de precisar en nuestro análisis, así como las posibles medidas a adoptar desde Europa.

La historia de la crisis en Europa tiene, además de los ingredientes conocidos en el conjunto de la economía mundial, sus propias singularidades. Sin duda el elemento diferenciador, cuando hablamos de Europa, lo constituye la funcionalidad del euro como moneda única, con sus debilidades de origen por no ir acompañada de una política fiscal, una unión bancaria y una mayor integración económica y presupuestaria, a lo que se sumó un clima adverso: la euforia y facilidad económica que aportaron los bajos tipos de interés y con ello la entrada, en la zona euro, de grandes flujos de capitales que alimentaron diversas burbujas, entre ellas la más conocida y de mayor magnitud, la burbuja inmobiliaria.

Al mismo tiempo se rompen equilibrios internos en Europa y se da paso a una etapa de inflación diferenciada; los precios inician una subida mayor en la periferia que en el centro de Europa, provocando una sensible pérdida de competitividad en las economías del sur. Este proceso ha ocasionado una depresión de mayor calado en la periferia de la zona euro y los países afectados, al no poder acudir a la fórmula clásica de la devaluación de su moneda nacional como en las anteriores crisis, han tenido que acudir a la llamada devaluación interna. Todo ello ha derivado en una caída de ingresos presupuestarios, un incremento del déficit fiscal y en un clima de falta de confianza en la marcha de la economía que acabó trasladándose al mercado de bonos y creando un problema de deuda soberana.

El resultado del conjunto del proceso ha sido una grave recesión para el conjunto de la economía europea de la que, todavía, no se aprecia un claro horizonte final. Es cierto que, por el momento, se ha puesto freno al pánico que especialmente en los dos últimos años, suscitó el mercado de bonos, y que se han implementado medidas para apoyar y sanear el sistema bancario, pero el problema económico de base no se ha resuelto y en muchos países se mantiene una fuerte recesión económica con persistentes caídas en el PIB anual.

Quizás, desde esta perspectiva europea, y como comentario preliminar, habría que señalar que la crisis previa a las, en puridad, múltiples crisis actuales económica, financiera, institucional y moral, se ha producido en el terreno del pensamiento, y se manifestó en el llamado pensamiento posmoderno que restó a la razón su posición preeminente desde el siglo XVIII en la dirección de la vida socioeconómica y dio paso a ese sucedáneo de la razón que algunos dieron en llamar "pensamiento débil".

Con la merma de la razón como facultad suprema en el gobierno de la vida en sociedad y en la administración de los negocios, se han perdido los discursos globales y los horizontes estratégicos precisamente en la era de la globalización. Porque no olvidemos que la racionalidad de los mercados no es razón, es interés, no es la adopción de las mejores soluciones para el conjunto de la sociedad, es búsqueda del mayor beneficio para los menos, los que tienen posición de ventaja o de dominio en esos mercados. El mercado excluye, la razón integra.

Pero dejemos la filosofía de la crisis, que está por escribir, y volvamos a sus aspectos económicos y sociales más externamente perceptibles. Por cierto, también está por aparecer el pensador, equivalente a John Maynard Keynes, que ilumine las causas y las soluciones a la Gran Recesión, como el ilustre economista y pensador británico lo hizo con la Gran Depresión.

### **NATURALEZA DEL PROBLEMA**

No tenemos una crisis en el sistema, lo que tenemos es un sistema en crisis, el neocapitalismo ultra financiero que produce crecientes desgarros sociales, como podemos observar, a corta distancia, en los países rescatados del sur de Europa, examinando cualquiera de sus indicadores, tanto macroeconómicos como sociales: decrecimiento en sus economías, índices de paro insostenibles socialmente, desaparición del crédito, cierre de negocios, pérdida de inversiones y tantos otros como aumento de los índices de pobreza, merma en la calidad de la alimentación etc., etc., elementos que son un riesgo para la convivencia cívica y la cohesión de la sociedad.

Y a pesar de estas fracturas sociales, no debemos olvidar el origen y la naturaleza de la crisis, que en un principio, y sin perjuicio de diversas mutaciones que ha tenido a lo largo de ya más de un lustro, es una crisis financiera, como la del 1929, originada en USA y trasladada al mundo, especialmente a la Europa de la zona euro, que ha sufrido de un modo más intenso por sus propias insuficiencias en la construcción de la moneda única y sus carencias en el diseño de un adecuado sistema de gobernanza.

Pero si tratamos de ir a la raíz de la crisis mundial, a estas alturas ya podemos ver con suficiente horizonte, que la causa principal del proceso en el que nos vemos implicados, no es otra que la sobredimensión financiera de la actual economía mundial, fenómeno producido al amparo de la globalización y con el soporte de la revolución tecnológica experimentada en las comunicaciones. En síntesis, la economía mundial se ha “financiarizado”. Con datos de distintas fuentes, pero con una gran coincidencia podemos

afirmar que hoy, el valor de los activos financieros es del orden de cinco veces superior al PIB mundial, y en el caso de pequeñas economías como acabamos de ver en Chipre, la diferencia es todavía mucho más grande. Y por lo que respecta a las transacciones financieras, realizadas en un proceso continuo gracias a las nuevas tecnologías, llegan a ser hasta cien veces superiores a las transacciones de bienes y mercancías reales.

Se ha diluido el control que los Estados tenían sobre la creación del dinero y hoy los mecanismos por los que se crea dinero se han multiplicado sin control. Un ejemplo lo podemos observar precisamente en las ya famosas hipotecas del mercado inmobiliario norteamericano, origen de la crisis mundial. Según han podido contabilizar los expertos, cada dólar de "hipoteca subprime" ha generado hasta 64 veces más de su valor inicial en el mercado de derivados financieros. Así podemos entender mejor que una política de riesgo en la concesión de hipotecas inmobiliarias en un país, por grande que sea Estados Unidos, haya podido poner en crisis la economía mundial, por el efecto multiplicador del mercado financiero de derivados, todo ello en una estrecha alianza de las finanzas con las nuevas tecnologías. Hoy en día son las finanzas el factor dominante que gobierna y se impone a la clásica economía real de bienes y servicios tradicionales.

Es verdad que todo ello ha sido posible en una política económica de total liberalización, lo que hemos dado en llamar neoliberalismo, que nada tiene que ver con el clásico liberalismo del XIX. Esta política de liberalización a ultranza es la que ha hecho posible la existencia de mercados y entidades financieras con un amplio margen de maniobra.

## **EL CONSENSO DE WASHINGTON**

Pero hay que retroceder unos años para encontrar el fundamento y la configuración ideológica de esta política económica que gobierna el mundo, y que ha venido a sustituir al sistema ideado y pactado por Keynes y White en los Acuerdos de Bretton Woods, en el año 1944; concebidos para guiar la economía mundial tras la Segunda Guerra Mundial, y en los que se fijaron las reglas para conducir las relaciones financieras y comerciales de los países desarrollados del momento. El nuevo armazón ideológico se sintetiza en el llamado "Consenso de Washington", formulado en 1989 tras la caída del muro de Berlín.

El conjunto de recetas y medidas fue codificado por el americano John Williamson, pero en realidad lo que hizo fue integrar el conjunto del pensamiento económico del que se servían las instituciones económicas mundiales más importantes, principalmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Los principios fundamentales que se formularon son cuatro:

- ieeee.es austeridad fiscal, en contra del keynesianismo de las pasadas décadas;
- ieeee.es liberalización comercial, que ha progresado, pero se ha visto bloqueada en la Ronda Doha por la presión básicamente de los países emergentes, en especial los integrantes del llamado grupo BRICS;
- ieeee.es desregulación financiera, desmontando las limitaciones impuestas a la banca durante los años treinta, que se aprobaron para evitar un nuevo hundimiento como el del 1929;
- ieeee.es y privatizaciones, para adelgazar el excesivo crecimiento del sector público empresarial y desarrollar con mayor libertad el sector privado como generador de riqueza.

En sí mismos son principios llenos de sentido, pero en su aplicación atemperarlas y no suprimirlas, sino equilibrarlas y acompañarlas de otras que actúen de amortiguador. Frente al equilibrio fiscal se debe considerar la necesidad de estímulos adicionales al crecimiento. Europa mantiene su exigencia de equilibrio fiscal, pero en sus Perspectivas Financieras 2014-2020, que es su presupuesto para los próximos años podría haber introducido medidas de inversión y estímulo para ámbitos como las infraestructuras europeas, la política energética, la innovación y la investigación, y otras actividades que puedan incrementar la competitividad europea en sectores clave para el futuro de Europa en un mundo globalizado.

Y más todavía debería acompañarse la desregulación financiera con una reforzada gobernanza y control de los bancos, política que parece irse articulando con la llamada unión bancaria y supervisión y control europeo.

Pero tras este recorrido general por la naturaleza financiera de la crisis y el examen de las bases ideológicas en las que se apoya la actual economía mundial, miremos más de cerca nuestra realidad nacional y el contexto europeo.

### **BREVE REFERENCIA A ESPAÑA**

Indudablemente en España la crisis mundial encontró dos realidades que hicieron más profundo el problema. En primer lugar, la ya sobradamente descrita burbuja inmobiliaria y, asociada a ella, el grave deterioro de los balances de las entidades financieras, sobre todo de las Cajas de Ahorros, que habían acumulado un elevado riesgo en el sector de la construcción. Y en segundo lugar, una economía excesivamente volcada al sector servicios y con poca presencia en sectores industriales de alto valor añadido, salvo nuestra presencia en el sector aeronáutico, un estimable sector de ingeniería o incluso una cierta posición en el sector de los satélites y las comunicaciones, por poner algunos ejemplos.

España ha llegado a esta crisis con un endeudamiento en 2009 del orden de 800.000 millones de euros, en un elevadísimo porcentaje, casi en su totalidad, de familias y empresas, es decir, en nuestro país, quien estaba endeudado a la llegada de la crisis económica mundial no era el sector público, sino el sector privado. Pero el Estado ha tenido que intervenir, y en una gran medida se ha producido la llamada socialización de las pérdidas; con ello ha crecido la deuda pública y el encarecimiento del coste para el Tesoro, que tiene que emplear cerca de 40.000 millones al año en financiar la deuda. Es decir, el problema que se generó en el sector privado, se ha terminado convirtiendo en un problema de las finanzas públicas, y por lo tanto, por el contribuyente.

Lo ocurrido en España es común a Europa en su conjunto, especialmente en la zona euro.

## PANORAMA EUROPEO

En definitiva, la crisis, que nació en Estados Unidos en 2008 como crisis bancaria, se ha prolongado en el tiempo, expandido en el espacio, incluso afectando a los países emergentes más potentes, transformado su origen y pasando a convertirse en crisis económica, social y política de alcance mundial. En Europa, en concreto, se refuerzan los nacionalismos y se debilita el proyecto europeo hasta cuestionarse el proceso de la unión. Todo ello deriva en una actitud de aislacionismo: cuestionar la construcción europea, anteponer los intereses nacionales, búsqueda del proteccionismo, frenar la inmigración y hacer alarde de identidades nacionales frente al cosmopolitismo. No es la fuerza de los nacionalismos la que dificulta el proceso de construcción europea; es la debilidad, la tibieza, la lentitud en la integración europea, las circunstancias que abren espacios a estas actitudes insolidarias y disolventes.

Europa no tiene vía de retorno, lo que tiene por delante es completar el diseño de su moneda única con los elementos que la fortalezcan: unión fiscal, unión bancaria, coordinación y supervisión presupuestaria, y políticas comunes en los sectores estratégicos que marcarán su posición preeminente en la economía mundial.

Sin abandonar un planteamiento basado en la ética, pero desde otra perspectiva, la ética de la responsabilidad weberiana, hay que centrar el examen de las medidas, adoptadas o por adoptar, en sus efectos, en sus consecuencias, en definitiva en los resultados que cabe esperar y valorar sus impactos en la sociedad en general y en el bienestar de los ciudadanos.

En conjunto, la eurozona está viviendo en el año 2013 un mejor clima financiero, sobre todo tras la voluntad y firme determinación mostrada por el Banco Central Europeo (BCE) para intervenir en los mercados de bonos. Pero no es ni mucho menos suficiente este ligero respiro tras las turbulencias sufridas. La economía real, productiva, generadora de empleo,

no presenta perspectivas muy favorables. Es verdad que en una perspectiva global, la economía crecerá este año un 3,3%, según las previsiones del Fondo Monetario Internacional (FMI), pero los pronósticos para la eurozona no son buenos: su economía se contraerá un 0,3% y en España un 1,5%.

A la altura de esta primavera del 2013 la zona euro lleva año y medio en recesión, su segunda recesión, y en esta ocasión es más prolongada que la sufrida en el año 2009. En concreto, las dos grandes economías de la moneda única, Francia y Alemania, muestran una esa debilidad económica. Francia ya está en recesión y Alemania presenta un irrelevante crecimiento del 0,1% en el último trimestre.

En este escenario la economía española seguirán soportando unas peores condiciones crediticias, sufrirán más limitaciones en el acceso al crédito y deberán pagar intereses más elevados que los que pagan las economías del centro de Europa, hecho anómalo que pone de manifiesto las insuficiencias de la actual unión económica y monetaria.

La respuesta a tantos interrogantes es política, y en concreto, en nuestra zona, es una solución política y europea. O mejor si quitamos la “y” estaremos en lo cierto, es una solución de “política europea”.

Europa tiene ahora la oportunidad de dar pasos para salir de la crisis y aumentar su cohesión y fortaleza. Puede aumentar con mayor determinación el capital del Banco Europeo de Inversiones (BEI) para fomentar el crédito y estimular inversiones. Tiene pendiente una reordenación de los fondos estructurales para dirigir los esfuerzos hacia los sectores de mayor futuro en una economía global. Europa, que ha construido un eficiente mercado interior, no ha extendido todavía ese mercado interior al mundo digital, terreno en el que seguimos con fronteras nacionales y que constituyen un obstáculo en sectores de tanta relevancia, como las industrias culturales europeas. Puede flexibilizar el control de la inflación, ayudando a rebajar el enorme peso de la deuda en el conjunto de las economías más necesitadas de crecimiento. Y hay que seguir hablando de la necesidad de los eurobonos, con todos los elementos que deben acompañar a su implantación, y que se federalicen los fondos de garantía de depósitos bancarios.

## CONCLUSIONES

Pero todas las medidas enunciadas y otras más que se necesitan, suponen transferencias de soberanía a la Unión, por lo que en definitiva la demanda última es un impulso decidido a la unión política europea.

Y esta apuesta por el futuro, por más Europa unida e integrada, debe permitirnos dejar ya atrás el nacionalismo negativo, insuficiente, antiguo, que suena a las décadas ya lejanas de la

Guerra Fría, a las etapas anteriores a la globalización. Para solucionar la crisis en la que estamos atrapados necesitamos incidir más en los "intereses europeos" y menos en los "intereses nacionales", y así, Europa seguirá siendo un actor fundamental en este mundo global.

Volver a impulsar el vigor de la Unión Europea, seguir reforzando su dimensión política, adoptar medidas de mayor ambición y no el camino del repliegue nacional es la respuesta que necesita nuestro futuro en común. Si la Unión Europea no impulsa su avance, lo que podemos encontrar es estancamiento económico, irrelevancia política y euroescepticismo creciente.

*Santos Castro Fernández  
Asesor del IEEE*